

NOTA PRELIMINAR

La presente obra de Don David Cienfuegos Salgado representa un nuevo esfuerzo de este intelectual guerrerense por divulgar sus muy serias reflexiones en torno a los temas relacionados con la justicia, las elecciones y la jurisdicción electoral. Quien se adentre en el libro encontrará, sin duda, no sólo el placer que la lectura de los textos bien escritos causa, sino también la recompensa de adquirir algún conocimiento nuevo, acompañado de un comentario certero, preciso, informado y, en ocasiones, provocador.

Los lectores, muchos, de ello estoy seguro, estamos acostumbrados, lamentablemente, a pasar de largo los prólogos e introducciones. Nos parece preferible sumergirnos cuanto antes y de manera directa en las páginas del libro recién adquirido. La pasión que el tema o el autor nos despierta nos lleva, muchas veces, a dejar para otra ocasión las palabras preliminares que, por lo regular, están abocadas a darnos un avance de aquello que más bien nos urge.

Claro, en no pocas ocasiones esta desbocada gana de lanzarnos a la lectura directa del libro nos impide conocer lo que el autor o algún amigo de éste tienen que decir de la manera como se confeccionó o preparó el texto, las motivaciones que condujeron al autor a escribir sus *reflexiones, retrospectivas y retos*, las condiciones en que lo hizo o los siempre esperables agradecimientos a las instituciones y personas que hicieron posible concluir con la empresa ardua que implica escribir y publicar un libro.

Esta costumbre consistente en pasar de largo los prólogos, introducciones y presentaciones me permitirá, pues, escribir con la libertad de quien se sabe condenado a que nunca nadie lea lo que se atreve a poner en blanco y negro. Con esa libertad me dispongo a hacer algunas confesiones.

La primera, que por obvia debiera callar, estriba en reconocer en Don David Cienfuegos, como lo mencione con anterioridad, no a un Doctor del Derecho, tampoco a un especialista y menos a un mero jurista. Don David, por fortuna de quienes a él somos cercanos, es lo anterior, pero no sólo lo anterior. Don David es un intelectual, una persona que trabaja con las ideas, las ajenas, pero sobre todo las propias. Eso es: David Cienfuegos es un hombre de ideas, y además un hombre valiente que no teme expresar esas ideas tan propias que tiene. Y, en un mundo plagado de simuladores, la originalidad y sinceridad de

Don David, valiosas por sí mismas, se tornan dos de sus insignias no solo más conocidas, sino reconocidas.

La segunda confesión que me permitiré hacer en la soledad que lo blanco de la página me permite, consiste en reafirmar el enorme cariño que siento por ese intelectual comprometido con lo que piensa y que, como pocos, hace que su actuar concuerde totalmente con sus ideas. Ese cariño tiene su fundamento no solo en lo apreciable que resulta una persona congruente con sus principios, y por tanto de una ética a prueba de todo, sino sobre todo en el hecho de que Don David es, antes que nada, un hombre bueno. Imposible no querer a un ser humano que no sólo piensa lo que escribe, escribe lo que piensa, actúa como piensa y piensa siempre correctamente.

A estas alturas, la tercera confesión es inevitable: al cabo de ya más de una década de amistad, casi todas las ideas que postula Don David y casi todos los principios que rigen su actuar, son compartidos por quien esto escribe. Y digo casi todos los principios y casi todas las ideas porque, por fortuna, el Doctor Cienfuegos, a pesar de lo certero de sus reflexiones, no me parece infalible. Se dice que es de humanos errar. Pues Don David es humano, demasiado humano. Y por tanto, ahora lo confieso, me parece que en ocasiones se equivoca.

Sin embargo, esas divergencias que a veces se puedan tener no hacen sino resaltar, agradablemente, las grandes coincidencias. Cabe poner en relieve que, aún en lo que a mí me parecen sus yerros, Don David es tal férreo defensor de lo que postula que, en no pocas ocasiones, casi me ha persuadido de que está en lo correcto.

De lo anterior se sigue que, lamentablemente, el lector que hasta aquí haya podido yo retener, si acaso, con estas deshilvanadas líneas, no encontrará ahora un estudio que le introduzca de manera crítica al libro de Don David, por la simple razón de que las ideas aquí expuestas las comparto casi por completo, a grado tal que en la cuidada compilación que este libro implica, incluye dos de los trabajos que Don David me ha permitido suscribir de manera conjunta con él.

Tuve la suerte de conocer a Don David hace ya muchos años, en el momento en que más disfrutábamos ambos de nuestra primera e inolvidable juventud; precisamente en el momento en que el mundo se nos hacía pequeño para comérselo. La vida me ha permitido acompañar a mí querido amigo en no pocos trances importantes: desde premiaciones y reconocimientos hasta crisis personales. Los amigos comunes han sido también una constante en nuestra ruta vital y varios de ellos han marcado tanto su vida como la mía de manera determinante.

Ante los hechos antes confesados, el comprensivo lector podrá darse cuenta de lo difícil que resulta para quien esto intenta pergeñar, dirigirse de manera objetiva a un hipotético auditorio universal en torno al más reciente producto editorial de quien con tanta facilidad y corrección escribe. Así qué

ahora más bien me abocaré a precisar lo que, estoy seguro, encontrará el lector en el texto que nos presenta Don David.

Querido lector, a continuación encontrara, téngalo por seguro:

Un conjunto de estudios atractivos, serios y bien redactados;

Una serie de ideas claras y magníficamente expresadas;

Muchas opiniones no solo fundadas, sino bien justificadas, lo que las torna contundentes;

Invitaciones constantes a la reflexión, tan atractivas que casi parecen una provocación, y

Un total compromiso asumido por el autor con la verdad y la precisión.

Evidentemente, el objetivo que Don David me ha señalado lo he incumplido por completo. Él, tan serio en el cumplimiento de sus compromisos académicos, discrepará por seguro de esta manera tan poco elegante de presentar un texto suyo.

Una última confesión, ahora dirigida a Don David: la segura censura que se aplicará a este escrito poco importa ante la mera posibilidad de que Usted, querido amigo, conozca, de primera mano, lo que verdaderamente pienso y siento por Usted.

Así, querido amigo, enhorabuena por el nuevo libro, felicito a los potenciales lectores por la gran oportunidad que en sus manos tienen de conocer a un autor llamado a convertirse en un clásico; me congratulo enormemente no solo por considerarme su amigo, sino por la enorme deferencia que implica la mera solicitud de esta presentación. Gracias querido amigo.

Que la vida y la suerte me permita seguir teniendo la oportunidad de discutir con Usted las cosas verdaderamente importantes.

Carlos Báez Silva
México, DF, enero de 2013